Juan Orenes

fotografía creativa 1960-1990

Tres Fronteras
EDICIONES

Región de Murcia

Juan Orenes, fotografía creativa 1960-1990

MIRADAS
DESDE EL ARCHIVO

Director de la colección
Fernando Vázquez Casillas

Edita
Tres Fronteras Ediciones
Archivo General de la Región de Murcia

Comisarios de la exposición
Juan Francisco Moreno y Fernando Vázquez Casillas

Diseño
NAVE KA producciones
Edición gráfica
Teresa Arnal y Paco Salinas

Impresión
Pictografía

Fotografía de portada
Palacio Episcopal. Murcia. 1966

Copyright
Textos e imágenes © sus autores y/o sus propietarios
De la edición © Tres Fronteras Ediciones, 2017

ISBN 978-84-7564-713-5
Depósito Legal: MU 292-2017

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la previa autorización por escrito de la editorial.

Impreso en Murcia. España

Índice

1. La luz y la lucidez de un artista de provincias 5
   Antonio Orenes Ortuño

2. Juan Orenes y la Agrupación Fotográfica Murciana de Educación y Descanso 6
   Fernando Vázquez Casillas

3. Las droguerías y la fotografía: tema a estudiar 8
   Manuel Muñoz Zielinski

4. El Juan Orenes que ha quedado en mi recuerdo y sus creativas ocurrencias 10
   Saturnino Espín Muñoz

5. Acompañar la mirada: una aproximación a la obra de Juan Orenes 12
   Pedro Luis Parejo Díaz

5. Juan Orenes, caballero fotógrafo 14
   Adrián Ángel Viudes Viudes

7. El de la foto (del Palacio Episcopal) soy yo 16
   Joaquín Zamora Muñoz

8. Selección de fotografías 17

Juan Orenes visto por Ángel F. Saura. 1979

La luz y la lucidez de un artista de provincias

Antonio Orenes Ortuño

Decía Juan Belmonte: "se torea como se es". Dicho aforismo encajaría perfectamente en la persona que aquí presentamos: "se crea como se es".

Ese arte tan personal, abierto, movible, en continua búsqueda, caracterizaría a Juan Orenes, Juanito para los cercanos, nacido en Murcia en el año de gracia de 1927, en el castizo barrio de San Pedro, dentro del seno de una familia profundamente religiosa, activa y semanasantera lo que, sin duda, marcará su vida en lo personal y en lo profesional.

Desde bien temprano, siendo niño, entra en contacto con algo que será santo y seña en su no dilatada existencia: la droguería Verónicas, en la calle del mismo nombre, fundada por su padre, D. Ginés, antes del estallido de la Guerra Civil española. Nuestro protagonista cuenta entonces con apenas nueve años, lo que supondrá un determinante clave en su vida sentimental y social. Acabada la contienda, tras unos años en la enseñanza primaria, ingresa en la Escuela de Comercio, obteniendo más tarde el título de Perito Mercantil. Su vida se va perfilando en lo laboral.

Tras unos breves, pero esenciales, escarceos con los estudios de Óptica y Fotografía, se viste definitivamente con su "hábito" más característico: el guardapolvos de, como él mismo acostumbraba a comentar, droguero, en un primer y prolongado momento, bajo la batuta de su padre, lo que le granjeará la plataforma ideal, exenta en parte de la responsabilidad de dirigir el negocio y adentrarse así en su gran pasión, la creación estética por medio de la fotografía, a la vez que ser el artífice de un universo propio, colmado de discípulos y amigos de toda índole, que le reportarán estímulo, reconocimiento y admiración. En este devenir, como muestra de su entrega al noble arte de la imagen y su probado didactismo sin cotas, funda la Asociación de Fotógrafos (sería su primer presidente), contando con la colaboración de su inseparable Rafael García Meseguer (que ejercerá de vicepresidente), con sede en el edificio de los antiguos sindicatos, hoy locales de la UGT.

El 18 de marzo de 1955 contrae matrimonio con Francisca Ortuño López, Paquita. Mujer dotada de una excepcional bondad así como una infinita paciencia, casi bíblica, que le ayudaría a entender la entrega sin cortapisas de su marido a situarse, festivos incluidos, tras el objetivo de una réflex. De esta unión nacerían dos hijos, Antonio y Marian.

Baudelaire afirmaba que para crear hay que estar ebrio de algo. Nuestro hombre fue una muestra de la veracidad de tal aserto: pasión, búsqueda y experimentación llenaron siempre su acceso a la creación.

En 1978 fallece su padre. Esto ocasionará ampliar su función y diversificar su actividad diaria. En su exclusiva labor de vendedor de cámaras, carretes, etc…, una nueva faceta vendrá a ocupar un lugar destacado: empresario, al frente del negocio otrora fundado por su progenitor. No obstante, en modo alguno la nueva circunstancia menoscabará su vocación creativa y divulgadora. Parafraseando a Quevedo, seguirá siendo un hombre a una cámara pegado.

Añadir que, en el centro de esta dualidad vocación-trabajo, más inclinada la balanza hacia lo último, extraño era el fin de semana que no tuviera para "echarse a la boca" una boda, un bautizo y, llegada la época, una comunión, sin olvidar las horas arrebatadas al sueño en el laboratorio de blanco y negro que tenía instalado en su domicilio. Nuevo detalle que enriquece la admiración y el respeto que su figura emanaba.

Nunca decaído (o rara vez), siempre a disposición de quien lo reclamase, docente sin título administrativo, enorme ser humano en lo moral, en lo profesional, en lo vital.

El 7 de febrero de 2004 dejó de estar en nuestra vida para hacerlo en nuestra memoria.

Juan Orenes con Saturnino Espín y con José Ángel Navarro, fotografiados por Pepe Pina. 1979

Juan Orenes y la Agrupación Fotográfica Murciana de Educación y Descanso

José Fernando Vázquez Casillas

No cabe duda de que Juan Orenes ha sido por su actitud y posicionamiento una pieza indispensable en el desarrollo y consolidación de la fotografía plástica en la ciudad de Murcia, ejemplo de lo cual es su implicación activa en la creación de la Agrupación Fotográfica Murciana en los años sesenta: un organismo fundamental para entender nuestra historia fotográfica contemporánea. Y es que la ideología difundida entre sus miembros conecta con la tipología nacional de esta clase de colectivos, grupos que se convierten en muchos casos en el motor evolutivo de la fotografía artística.

Así pues, tenemos a Juan como uno de los responsables de que el 24 de noviembre de 1965 nazca en Murcia la Agrupación Fotográfica Murciana de la Obra Sindical de Educación y Descanso[1]. En su formación se evidencia claramente su compromiso cuando en su primera sesión, en la que queda constituida la Junta Directiva, él aparece como director de la misma: Juan Orenes Gambín (presidente), Rafael García Meseguer (vicepresidente), Manuel Gallud Ballester (secretario), José Hernández Pina (vocal de relaciones públicas) y Florentino González Pertusa (vocal de varios). Un puesto que va a ocupar durante ocho años hasta que es sustituido, en 1973, por Rafael García Meseguer.

En los primeros tiempos este colectivo tiene su centro de reunión en un local cedido por Educación y Descanso –entidad que tiene su sede en la calle Santa Teresa (Murcia), en la segunda planta del edificio de Sindicatos, hoy inmueble número 10–. Al no ser un espacio permanente, se ven obligados años

1 Para una información más profunda de este tema véase: VÁZQUEZ CASILLAS, J. F., «La Agrupación Fotográfica Murciana de Educación y Descanso: la promoción de la fotografía», en *Perspectivas sobre la historia del arte*, Murcia, Mestizo, 2015, pp. 281-296.

después a reunirse en diferentes puntos de la ciudad; así, por ejemplo, en el año 1974 comienzan a utilizar los locales del Club Montañero de Murcia, para posteriormente pasar a congregarse en la sala de Asuntos Sociales de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, situada en la calle Vistalegre, último centro en el que desarrollan su actividad.

Es en todos estos espacios donde la Asociación instaura, entre las actividades realizadas, la reunión mensual de los asociados, en la que se fomenta el coloquio y el intercambio de información, punto este último en el que Orenes juega un papel determinante por su experiencia y conocimientos técnicos. Y es que su presencia en este grupo garantiza la docencia para los iniciados, es decir la formación experimental fotográfica en todos los sentidos del término.

Del mismo modo, como toda agrupación fotográfica de la época, encuentra en el concurso de fotografía el mejor aliado para el desarrollo y promoción de sus miembros. Por lo tanto, el certamen competitivo centra la total atención de las acciones realizadas. Claro exponente de este panorama es el camino tomado por el grupo, que tan sólo dos meses después de su creación convoca el primer Salón Regional de Fotografía. El encuentro ve la luz en dos únicas convocatorias, correspondientes a los años 1966 y 1967. Tras esta primera experiencia, se realiza uno de carácter nacional en el año 1968, el cual se celebra de forma consecutiva hasta 1978. Dentro de él, y desde su primera cita, además de los diferentes premios y menciones de honor, se otorga un galardón denominado Premio Murcia que es concedido a la mejor fotografía de tema murciano. Juan va a ser una de las personas claves en la constitución y consolidación de estos eventos, ya que como cabeza responsable de este colectivo, y como uno de los técnicos con mayor experiencia, fomenta su difusión y participación, apoyando con sus conocimientos profesionales a los jóvenes realizadores que se sienten atraídos por este tipo de convocatorias; al tiempo que él mismo participa presentándose a los concursos –en un nivel jerárquico igualitario con los iniciados– o ejerce como jurado de ellos.

Todas estas acciones, comandadas por Orenes, se convierten en uno de los ejes vertebradores de la práctica y plástica *amateur* en la ciudad. No tenemos que olvidar que a ellas concurren diferentes generaciones de autores que forman la base evolutiva de la fotografía en Murcia. Justamente, son asiduos a sus actividades fotográficas asociados como Andrés Leandro Laorden, Ángel Bermejo, Benjamín Corbalán, Florentino González Pertusa, Francisco Caballero Espín, Francisco Quiroga Castrillón, Germán Asensi Ferrándiz, Joaquín Padilla Jimeno, José Hernández Pina, José María Díez del Corral, José Navarro Valverde, José Treviño Ordax, Manuel Franco Garre, Manuel Gallud Ballester, Rafael García Meseguer, Ramón Victoria Hernández, Ángel Fernández Saura, Francisco José Galera, Joaquín Cardona Olivares, José Antonio Cuevas Gil, José Cabañas, José Torrano, Ricardo Valcárcel, Saturnino Espín, etc. Muchos de ellos en su desarrollo como miembros de este colectivo dejarán el estatus de meros aficionados para convertirse en profesionales fotográficos, cuando no en realizadores de reconocido prestigio en el mundo de la fotografía creativa.

Pese a todo este contexto, pasados los años la agrupación va perdiendo adeptos –el interés por este tipo de grupos va disminuyendo entre los jóvenes fotógrafos–; como consecuencia de ello reduce su actividad, y desaparece en 1979. No obstante, el reconocimiento a la labor de estos entusiastas de la fotografía es expresado tan sólo un año después de su desaparición. Así, en el año 1980 se realiza la *Muestra de Fotógrafos Murcianos 1950-1970,* comisariada por Paco Salinas en la Sala Municipal de Exposiciones, en la que Juan (junto a sus compañeros) es reconocido y definido como una de sus piezas fundamentales, como protagonista indispensable, para el desarrollo fotográfico de los años sesenta y setenta en la ciudad.

Las droguerías y la fotografía: tema a estudiar

Manuel Muñoz Zielinski

"Frenosafranina", "nitrato de sosa", "pinacriptol", "bromuro de potasa", "sulfito de sosa", y otros… Estos "palabros" definen ciertos productos químicos que hoy casi están en desuso por la invasión de las nuevas técnicas fotográficas en las que casi ha desaparecido el trabajo en el laboratorio para obtener copias.

Sin embargo fueron muy habituales entre los fotógrafos profesionales y entre algunos aficionados aventajados. La mayoría de los trabajos publicados acerca de la historia de la fotografía se centran en la calidad "estética" o "técnica" en los aparatos utilizados y en cosas similares. No obstante, cualquier experto sabe que, todavía hoy, muchos afamados fotógrafos que trabajan la técnica "tradicional" del blanco y negro suelen recurrir a profesionales expertos en el positivado de las copias. Juan Manuel Díaz Burgos está considerado como uno de los más meticulosos de esta actividad.

Casi todos los que empezamos a "hacer" fotos en los años 60 y 70, teníamos el trabajo en el laboratorio como un proceso obligado. Ahí desembocaba todo el esfuerzo de utilizar cámaras, objetivos y películas, buscar motivos y demás. Aprendíamos, a través de esa alquimia mágica, los errores cometidos. En aquella época ya eran muy accesibles bastantes productos necesarios: reveladores, fijadores, etc., e incluso algún potentado podía pagar materiales de alta calidad, y el resto nos arreglábamos con aquello que, por su limitada calidad, nos dejaba casi siempre frustrados.

En esos años todavía había fotógrafos, dedicados sobre todo al retrato de estudio, que seguían escrupulosamente las viejas fórmulas para elaborar sus "químicos", como los llamábamos. Y no era por capricho. Aquellos profesionales sabían el proceso que debía tener cada foto. Algunos de ellos seguían utilizando negativos en soporte de cristal y en formatos medios (18 x 24, 24 x 30). Y su manipulación debía ser de resultados excelentes, ya que casi siempre el encargo era el retrato de una boda.

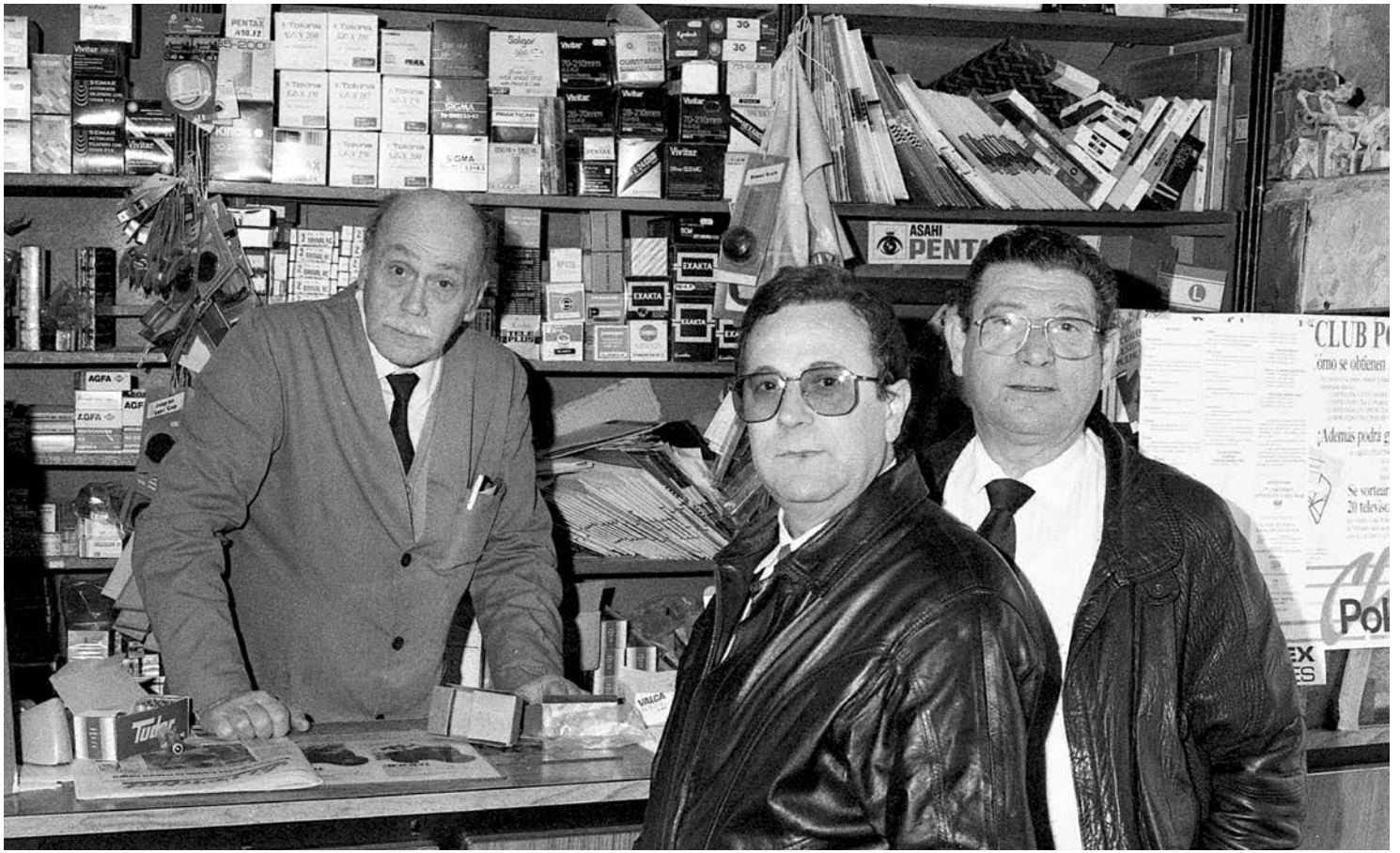
La fotografía llamada "analógica" siempre ha estado vinculada a esa alquimia. Es sabido que los pioneros, allá donde fueren lejos de las grandes ciudades, debían transportar no sólo las cámaras y sus adherentes, sino también lo más imprescindible para el trabajo de revelado y positivado. Es decir, material negativo y papel o similar para la obtención de las copias. Algunos recipientes contenían los químicos de primera necesidad. Y cuando estos se acababan era preciso acudir a las droguerías locales.

La diferencia entre una "Droguería" y una "Botica" estriba en la calidad del producto ofrecido. Algunos componentes del formulario del fotógrafo como los derivados del mercurio, resultaban altamente dañinos para la salud, pero se conseguían fácilmente en las droguerías, al igual que los demás.

En Murcia, las tiendas que ofrecían material fotográfico se podían clasificar en dos grupos: las que vendían cámaras y complementos, películas negativas, y ofrecían el servicio del revelado. Y luego estaban aquellas en las que el profesional o el aficionado adelantado podía conseguir productos más comprometidos, sobre todo para el proceso del laboratorio. Estas segundas, al igual que en el resto de España, proliferaron en los años 1970 – 1990 debido a la popularización de la fotografía.

Por aquí, los que pretendíamos dedicarnos a "hacer fotos", siempre íbamos a Orenes, la droguería junto al Mercado de Verónicas. Su actividad en torno a la fotografía estaba consolidada ya en 1935, según las memorias de Gabriel López, fotógrafo y dueño del establecimiento Fotos López, junto con su hermano Juan:

"Orenes nos propuso colaborar, y yo le dije a mi madre…/… que no, que en casa somos muchos y no tenemos que depender de nadie, y eso lo ponemos nosotros. Entonces ella se vino a Murcia (N. del A.: vivían en la carretera del Palmar) por la mañana, y la hora de comer tenía el bajo alquilado".



Juan Orenes en su droguería en la calle Verónicas de Murcia. Fotografía de Juan Francisco Moreno. 1991

No recuerdo quien me llevó allí, pero seguro que fue alguien vinculado a la fotografía. Las primeras veces me sentía incómodo, por lo que oía, por lo que veía, por aquellas personas, de todo rango social, que llevaban años acudiendo a aquella extraña tienda en la que, mientras unos dependientes vendían jabón en polvo, escobas de palma y artilugios para la limpieza, otros encabezados por Juan Orenes, intercambiaban experiencias en torno a lo fotográfico. Se comentaban las novedades en la tecnología o se anunciaban novedades. Y casi todos mostraban su saber y sus fotos sin alardes ni presunciones. Me hice asiduo de aquel rincón, aunque no fuese a comprar nada. Juan tampoco nos obligaba a ello…

Aquel rincón de la Droguería Orenes fue la mejor escuela, por no decir la única que había, para muchos de los de aquella quinta de fotógrafos.

Inolvidable.

Juan Orenes posa como modelo para Saturnino Espín. 1980

El Juan Orenes que me ha quedado en el recuerdo y sus creativas ocurrencias

Saturnino Espín Muñoz

A final de los años 60 empecé con la fotografía y solía comprar en Viuda de Climent, cuando alguien me comentó que en una droguería llamada Verónicas encontraría todo tipo de material fotográfico. Recuerdo la primera vez que pisé ese santuario con los más variopintos productos que se apilaban en sus antiguas y repletas estanterías. Al entrar a la derecha estaba Juan con su guardapolvos azul y justamente al lado su padre, Don Ginés, que para mi juventud, me parecía un señor muy mayor. Llevaba un guardapolvos gris y parecía un personaje sacado de una novela de Dickens; en su pequeño territorio de apenas un metro cuadrado tenía su oficina, incluida una gran y antiquísima y vieja caja fuerte de color verde. Don Ginés recorría todo el mostrador de la tienda con una eterna sonrisa abriendo los cajones de la recaudación y llevándose el dinero a la caja fuerte, más o menos hacía la labor que hace el tubo neumático entre las cajas y la oficina de los grandes comercios actuales.

Juan era muy extrovertido con un gran sentido del humor, un vendedor nato y con un poder de persuasión extraordinario. Te convencía fácilmente de que tenías que comprar tal o cual producto. Si una señora entraba y pedía una escoba, o una botella de lejía, era posible que saliese con 5 o 6 cosas de más o quizá con una cámara de fotos Kodak de un solo uso para el hijo. Recuerdo su habilidad, cuando liaba los paquetes, para romper el hilo palomar de un simple tirón seco con los dedos, cosa que he intentado emular y jamás he conseguido.

Rápidamente pasó a ser mi amigo y mi maestro. Juan trasmitía todos sus conocimientos fotográficos y compartía toda técnica que el supiese con cualquiera que le preguntase, cosa que no era habitual en esa época entre los envidiosos fotógrafos que se guardaban para si cualquier novedad. En ese pequeño espacio de mostrador tenía como su pequeña y altruista academia de fotografía y daba lecciones magistrales a clientes amigos, a veces había hasta ocho personas oyéndole, sin comprar… mientras vendía algo a algún cliente. Pasaba de estar hablando de los grados DIN que tenía tal película…a las cualidades del salfumán y retomar otra vez el hilo de su disertación.

Juan trabajaba sin descanso. Antes de ir a la droguería pasaba un rato en el laboratorio que tenía en su casa, donde hacia encargos particulares revelando fotos en blanco y negro, y después de estar todo el santo día de pie en la tienda, volvía a revelar fotos a su casa otro rato antes de la cena con el fin de sacarse un sobresueldo y muchos sábados y domingos tenía bodas, así que apenas tenía tiempo libre, aunque una vez al mes se reunía de las 20 a 22 horas, en la asociación de fotógrafos aficionados de la cual fue presidente vitalicio.

En las reuniones mensuales de la asociación fotográfica hacíamos un concurso temático y un pase de diapositivas con un modesto proyector donde se ponían de una en una y que lo llevaba nuestro común amigo Rafa, que era vicepresidente también vitalicio. Rafa era un poco miope y en aquella época no teníamos un proyector de enfoque automático. Con paciencia infinita, pasaba las diapositivas de una en una y enfocaba cada vez que por el calor se dilataba la diapositiva y había que reenfocar continuamente. Rafa al no llevar gafas cucaba los ojos al máximo para ver más nítido, como poniendo un diafragma 22 en su ojo y en la oscuridad de la sala se oía la voz de Juan diciendo contundente: *Rafa enfoca, Rafa enfoca*, y así con cada diapositiva mes a mes y que el pobre Rafa soportaba pacientemente, al final todo los asistentes le copiaban y ya la frase de "Rafa enfoca, Rafa enfoca" salía de boca de todos y era como disponer de un autofocus humano.

Juan recibía muchas ofertas de las empresas de cámaras fotográficas y cuando le convenía, el cliente salía con una cámara Minolta, otro año con Kónica o con Yashica, etc. Más tarde me contó que si cumplía objetivos el premio era un viaje. Uno de ellos, que él no pudo hacer, fue mi primer viaje a Londres; me lo vendió él, en 132 euros de entonces. Un dineral.

Juan era muy presumido, recuerdo que una mañana con voz grave me dice cerca del oído: *acabo de cumplir 42 tacos*, que a él le parecía una exageración de años. Por esa época requirió de una ligera intervención, y tenía un pequeño puente dental, le dije que al operarse se lo quitarían, a lo que respondía con sorna: *y como voy a estar sin parte de mis dientes con tanta enfermera guapa*. Fui a visitarlo, tenía un sonda en la nariz y le pregunto: ¿Como estás?, a lo que responde con dificultad: *hola Egggtornino aquí eggtoy que no puedo casi hablar por no llevar los dientes y el tubo que me pasa por la garganta*. Unos días más tarde estaba muy contento porque le quitaban la sonda y se podría poner de nuevo sus dientes. Paso a visitarlo, me lo encuentro sin sonda, pero muy serio y me dice, hablando todavía con dificultad: *hola atuuugggninotuggnino*, y es que el paciente de la cama del al lado se había ido de alta y por error se había llevado los dientes de Juan en lugar de los suyos a Jumilla. Tardó diez días en recuperar los suyos, pero Juan no perdió su sentido del humor y encajó este incidente con deportividad. En muchas ocasiones contó esta anécdota y odisea dental, eso sí, dramatizando en los momentos oportunos.

Una tarde gris de invierno, caminado por El Valle, me encontré con gran sorpresa a Juan haciendo ejercicio. Estuvimos hablando un buen rato los dos solos bajo una gran pinada. Creo recordar que había venido en Vespino desde Murcia y esa fue la última vez que lo vi. Ya no era el Juan que yo había conocido, ni por supuesto el que ha quedado en mi recuerdo. Al poco tiempo falleció.

Acompañar la mirada: una aproximación a la obra de Juan Orenes

Pedro Luis Parejo Díaz

"En torno al año 1900, la reproducción técnica alcanzó un nivel en el que podía, no ya solo aplicarse a todas las obras de arte del pasado, modificando profundamente su impacto, sino también conquistar por sí misma un lugar entre las prácticas artísticas. En este sentido, nada resulta más revelador que la manera en que esas dos nuevas manifestaciones -la reproducción de la obra de arte y el arte cinematográfico- inciden sobre las obras de arte tradicionales" .

Walter Benjamin*, La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*

La larga cita de W. Benjamin, nos pone delante de una serie de cambios, que no agotan cuestiones relevantes para la evolución de la fotografía. Así, por ejemplo, la nueva situación en la que queda el autor del hecho fotográfico. Esto puede indicarnos, que en la fotografía son tan importantes las manos como los ojos; algo que no se daba en las anteriores manifestaciones artísticas. El espectador tiene que reconocerse en las formas generadas, a partir de estos nuevos principios, lo que afectará a una multitud, que contempla lo sucedido en el momento que se fija en la obra, sin olvidar las posibles diversas temáticas; véase los temas más conocidos en el arte fotográfico. Incluso en su exposición en las galerías y museos, recuerde el espectador fotografías como las que representan hechos de guerra o manipulaciones del poder, sin perder de vista los efectos estéticos, compatibles con el tema representado.

Destacar como caso especial, el retrato como tema, en el que de forma parecida a la pintura se trata de mantener el mundo interior del retratado. Al tiempo que éste, a través de la mirada, interactúa con el espectador. No obstante, teniendo en cuenta, la diferencia entre ambos lenguajes, la máquina puede llevarnos a territorios muy precisos o insistir en lo instantáneo, como la parte fundamental de la obra.

La fotografía se integra, pues, como un arte de masas, lo que condiciona que determinados autores desistan de continuar algo que está agotado, incluso no bien considerado. Da la impresión de que el propio artista se refugia en ámbitos, en los que la fotografía cumple una función determinada. Es difícil sacar a la luz cualquier obra, sin embargo, el talento del autor acabará haciéndolo visible, aunque no siempre es posible. Resultando evidente que una obra determinada, sola o formando parte de un conjunto, rompe con esos tópicos, sin dejar de cumplir su cometido. Algo así nos ha ocurrido al repasar la obra de Juan Orenes, en la cual vemos un trabajo pleno de aciertos, tanto temáticos, como técnicos y sobre todo artísticos. Todo esto, puede percibirse en que el resultado de la mirada, se nos presenta de forma, que una misma fotografía es tratada de una manera distinta; destacando la intuición poética y artística, que lo sitúa, entre los fotógrafos más brillantes de nuestra Región. Llegando a convertirse en un auténtico maestro, al que acuden tanto aficionados, como profesionales.

La fotografía de Juan es un encuentro en el que, sin abandonar el compromiso adquirido, puede observarse con claridad aquellas visiones que convierten el objeto en algo muy distinto. Su gusto por el detalle o el uso de la luz lo sitúan en un fotógrafo

singular. Las convenciones de un tipo u otro son respetadas, en general, por todos los autores y muy pocos se atreven a cambiarlas desde dentro; siendo Juan Orenes una demostración de dicho cambio. Lo que significa una trayectoria que no abandona sus elementos más conocidos. Las temáticas que se aprecian en su obra, a través de recursos plenamente fotográficos como sería el uso del color, son superados por un tratamiento distinto, como es la utilización exclusiva del blanco y negro, que mantendrá con apenas excepciones. Es también interesante el trabajo sobre el costumbrismo, que tanto éxito tiene entre aficionados y público en general, y ello lo consigue mediante unas composiciones que miran con ojo crítico los elementos más pobres de dicho costumbrismo. Sus visiones de la ciudad no rechazan cualquier ángulo o lugar que pueda ser fotografiado.

Su obra se extiende proporcionando una serie de sorpresas que él toma del discurso estético de la fotografía. De ahí la claridad que manifiesta en alguno de los puntos en los que basa la realización de sus trabajos; siendo uno de sus motivos más queridos. Y así dice que no es la máquina la autora de la obra, sino más bien la mirada a la que acompaña la idea siguiente.

Descubrir el camino recorrido por Juan Orenes, es una experiencia que sirve, realmente, para conocer y reconocer el arte fotográfico. Resulta difícil no contar, en el ámbito de la fotografía, con uno de sus más brillantes representantes, que ha mantenido la fidelidad a su mundo.

Juan Orenes retratado por Saturnino Espín. H. 1979

Juan Orenes, caballero fotógrafo

Adrián Ángel Viudes Viudes

"Si no te pones las enaguas almidonadas vas a parecer uno de los de los pitos". Rotundo, irónico y veraz, como era Juan, así respondió en su casa, actuando de maestro de ceremonias en el rito de vestir a un nazareno estante murciano, a la solución que propuse para paliar mi olvido de una prenda tan característica.

Vivía yo por entonces en Cartagena, pero por nada del mundo hubiera dejado de procesionar en la mañana de Viernes Santo llevando sobre los hombros a la Dolorosa.

El rito de la vestimenta no podía hacerlo en Cartagena, así que mi amigo Antonio, el hijo de Juan, me ofreció, de mil amores, su casa. Con la madrugá, las prisas, y el afán por llegar, me olvidé las enaguas que, perfectamente planchadas y almidonadas, se encontraban en la mesa de mi casa de Cartagena con el resto de prendas.

Acepté la reparandoria de Juan, y a uña de caballo tuve que volver a Cartagena, colocármelas allí, y regresar de nuevo uniformado, a tiempo de ver como el rayo primero de sol iluminaba la cara de la Madre.

Esa imagen de Juan pontificando desde su altura y resumiendo en una frase el ridículo que podría hacer de no utilizar tan antigua y necesaria prenda, viene a mi memoria cada Viernes Santo, o cada vez que, como ahora, me cabe el honor de utilizar mi pluma colaborando en tan merecido homenaje.

Otro recuerdo de su persona eran mis visitas, acompañando a mi padre, a la tienda de Verónicas; y asistiendo, interesado, al dialogo entre el maestro y el aprendiz. Mi padre heredó el gusto por la fotografía de su tío Luis Federico Guirao y cada vez que atisbaba una novedad en cámaras de foto o de cine allá que aparecía en la tienda de Juan para contrastar las ventajas o inconvenientes del ingenio. Tengo que decir que las más de las veces, eso sí con el visto bueno del experto, la maquina novedosa pasaba a engrosar la colección de mi progenitor.

No solo discutían sobre las calidades y cualidades de los aparatos, también sobre la técnica de laboratorio, y sus innumerables trucos, porque un fotógrafo que se preciara debía ser hábil: en el motivo, en el encuadre; pero asimismo en la alquimia del cuarto oscuro, donde, como por arte de biribirloque, se pueden realizar milagros, confieso que he sido testigo de más de uno.

Con voz muy baja, abonico, declaro que no heredé de mi padre ese gusto y esas cualidades para el arte de la fotografía; creo que mi amigo Antonio tampoco, y eso me sirve de consuelo; pero al mismo tiempo digo que sí soy capaz de emocionarme ante una buena fotografía, como me ocurre ante una buena pintura.

Y eso es lo que me pasa cuando, como ahora, extasiado, me pongo delante de las obras de Juan Orenes, perfectamente expuestas en esta brillante exposición y, sin esforzarme, percibo como, además de arte, hay mensaje.

Juan, con su máquina en ristre, siempre nos quiere decir algo; y cuando da con la manera de trasmitir lo que siente y quiere, abre el tablacho y deja correr la riada de su arte; encuadra, dispara, y luego, en el silencio del cuarto oscuro, echando mano de esos especiales polvos de la madre celestina que solo se encuentran en poder de los maestros, remata, y nos regala con otra espléndida, rotunda, envidiable obra de arte.

Pero además de esas cualidades artísticas que son un don, trabajado por supuesto, pero gracia al fin y al cabo, Juan Orenes fue todo un caballero; generoso, amigo de sus amigos, buen padre y buen esposo. A su tienda, cual antigua madrasa, acudían,

Juan Orenes entre su hijo Antonio y Luis Canicio. Fotografía de Juan Francisco Moreno. 1997

ansiosos de captar las enseñanzas del maestro, profesionales y amateur y para todos Juan tenía el consejo mejor, la palabra adecuada, y todo ello en un permanente alarde de amistad.

Este homenaje, esta exposición, de parte de su obra, merece el aplauso de todos los que celebramos las cosas bien hechas. Y es que además de deleitarnos con la contemplación de su obra la muestra nos sirve para tener vivo para que no se difumine el recuerdo de un hombre de bien, de un gran profesional.

Va por ti, añorado y querido Juan, caballero fotógrafo.

El de la foto (del Palacio Episcopal) soy yo

Joaquín Zamora Muñoz

Domingo. Primavera en Belluga, la fuente salpicando los adoquines, el Seat aparcado bajo naranjos y mi padre con la Yashica –nene, ponte ahí- emulando al mejor Cartier Bresson. Revelado, contactos, ampliación…antes esta era una afición bien cara, además de paciente.

No, el de la foto no soy yo, es mi amigo Antonio, hijo del autor de la gran foto, pero podría haber sido yo o cualquiera de mis hermanos, primos o amigos: flequillo de cazo, zapatos gorila, pantalón corto, camisa blanca, jersey de pico y corbata de goma, porque Juan Orenes, el maestro, marcaba sin quererlo el camino a muchos aficionados murcianos: 35mm., filtros naranjas, kodachrome, disparadores de bayoneta, 6x6, papel Valca, antorchas incandescentes, ocho, flashes compactos, diaporamas, super8…la mejor tecnología del apasionado siglo XX a su disposición junto al Mercado de Verónicas, en esa tienda especial a la que a veces acompañaba a mi padre, donde entre olor a aguarrás, serrín, pinturas, batas grises y escobas de esparto se revelaban a la luz los recuerdos fotográficos de muchos murcianos.

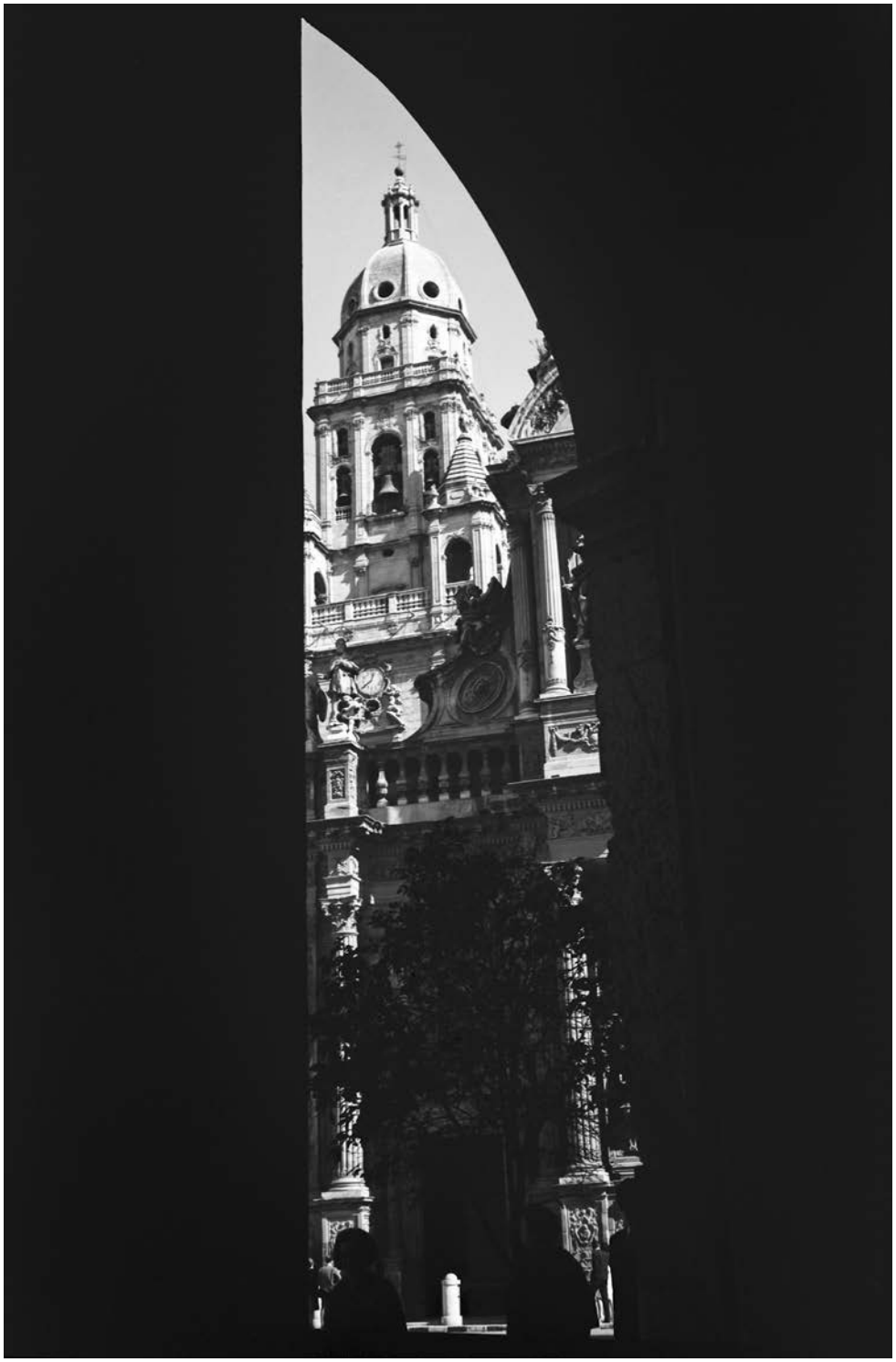
Juan y mi padre eran grandes amigos. Cuando se veían siempre sonreían, de forma constante, y es que se notaba el aprecio mutuo. Juan, en su altura, entrecerraba un poco los ojos en la sonrisa, tal vez por el humo del pitillo, y mi padre le contaba, parados en la mañana luminosa de Platería, que había usado el filtro rojo en la Contaflex, que cuando acabara el carrete –tomen nota, antes un carrete de 24 podía durar semanas- ya verían cómo habían salido esas nubes de octubre lluvioso. Y Juan seguía sonriendo hasta despedirse, amable, con esa voz un poco cascada. Yo viví algo parecido con Juan de la Cruz Megías, mi primer maestro, e imagino que todo aficionado busca un referente cercano, incluso en este siglo digital y urgente en el que la fotografía es mucho más, o mucho menos, según se mire, que en épocas anteriores.

Palacio Episcopal. Murcia. 1966

Y a veces fantaseo: ¿cómo hubiera sido llevarlos de ayudantes/observadores cuando realicé el reportaje del Teatro Romea, o del Casino, o el primero –tan emocionante- de los Salzillos? Ambos viendo las fotos en tiempo real en la tablet de pantalla retina, o haciéndose selfies con el San Juan de fondo…ugh!. De alguna manera ellos, maestro y aficionado, son responsables de que yo me gane la vida con este bendito y agradecido oficio.

¡Gracias, luz y color, siempre!

Selección de fotografías



Catedral de Santa María.
Murcia. 1962

Exterior de la Capilla de los Vélez. Catedral de Santa María. Murcia. Años 60

Basílica. Caravaca de la Cruz. 1971

La Fuensanta. Murcia. 1973

Nuestra Señora de la Asunción. Alcantarilla. 1962

Alcázar de Segovia. Segovia. 1965

Catedral. Segovia. 1966

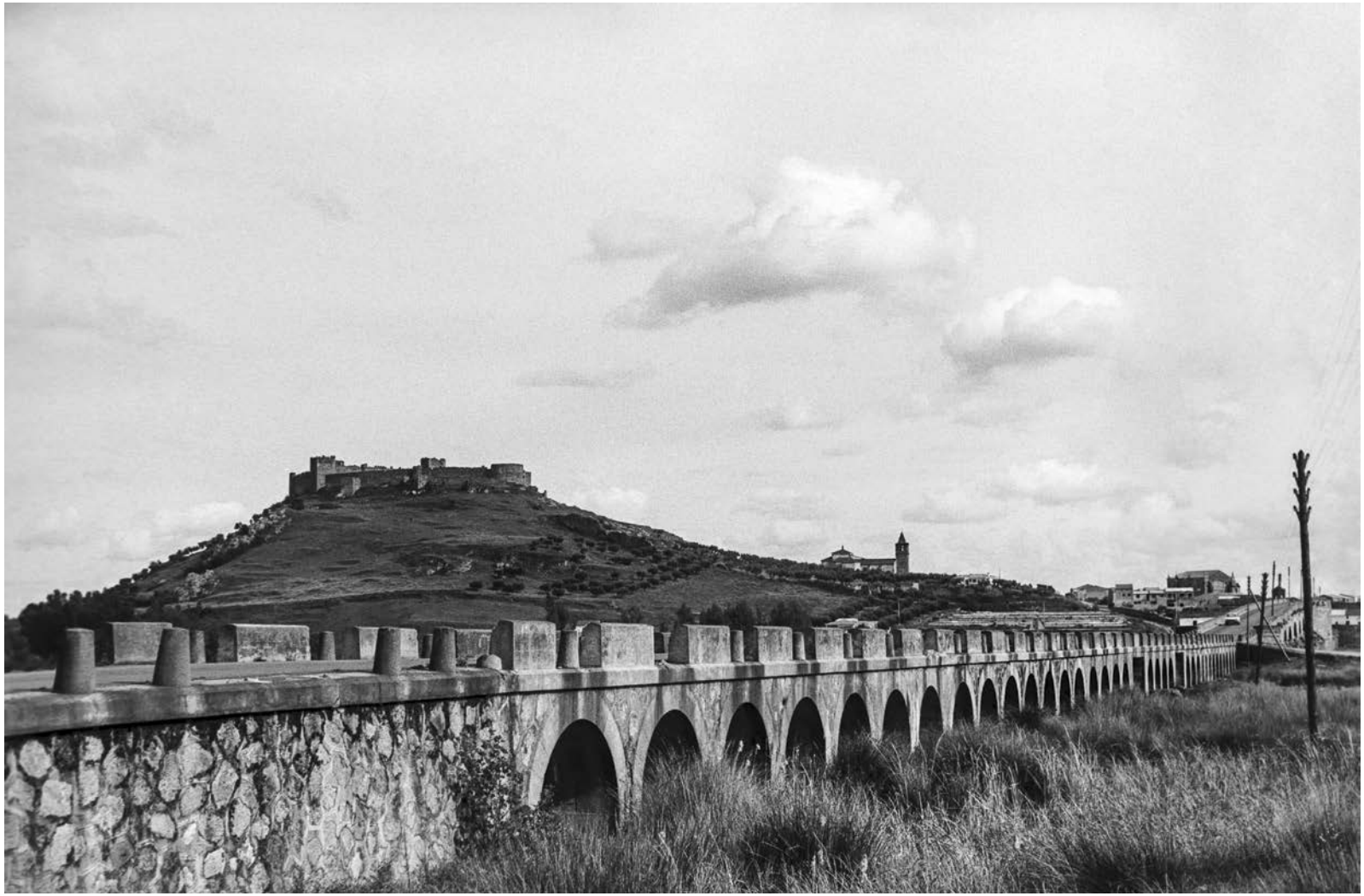
La Granja. Segovia. 1966

Catedral. Segovia. 1966

Glorieta de España. Cardenal Belluga. Murcia. 1970

Edificio Puente Viejo. Murcia. 1969-1970

Avenida del Teniente Flomesta. Murcia. Años 60

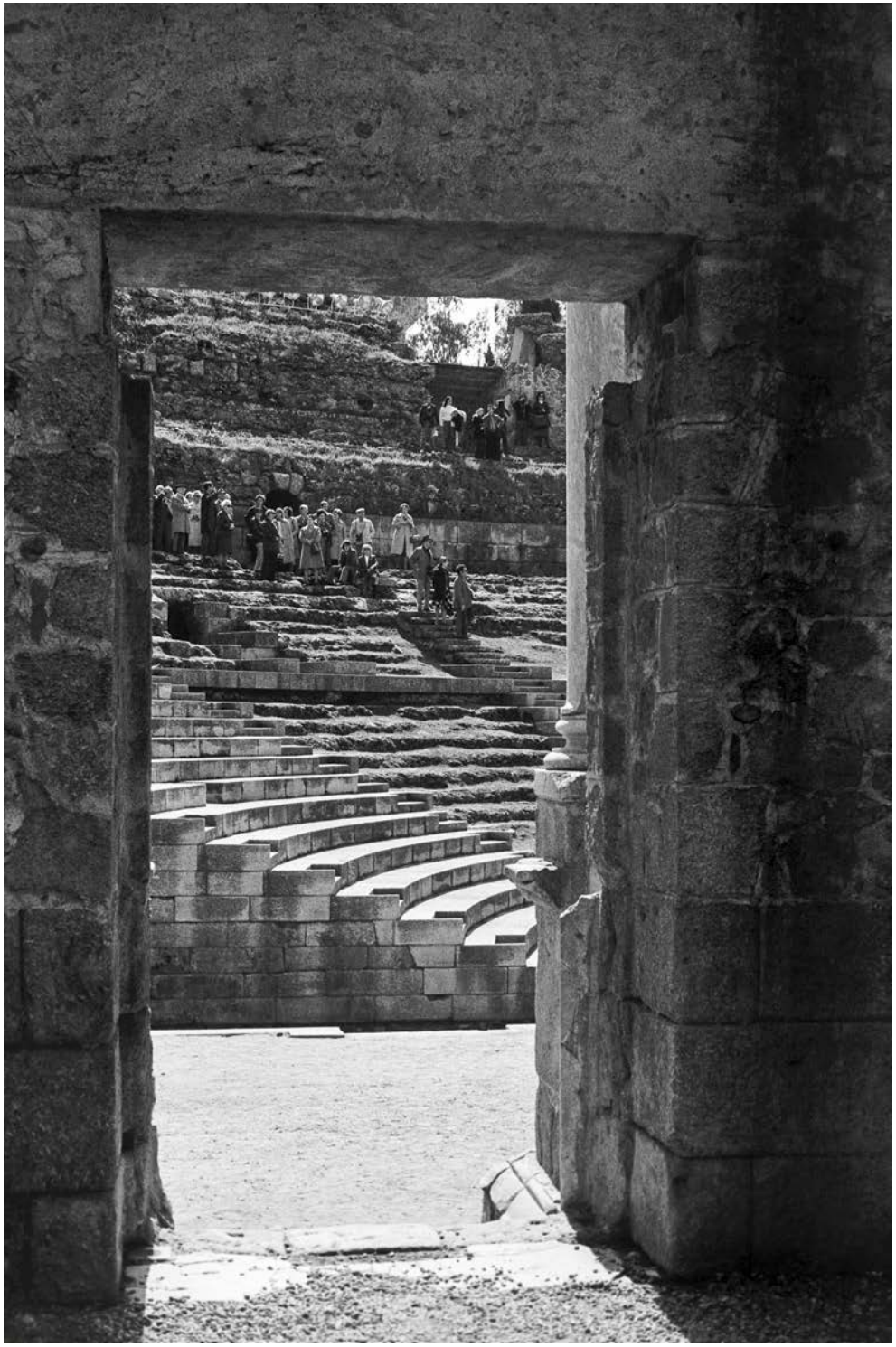


Medellín. Badajoz. 1979

Almagro. Ciudad Real. 1979

Castillo de Alcalá del Júcar. Albacete. 1968

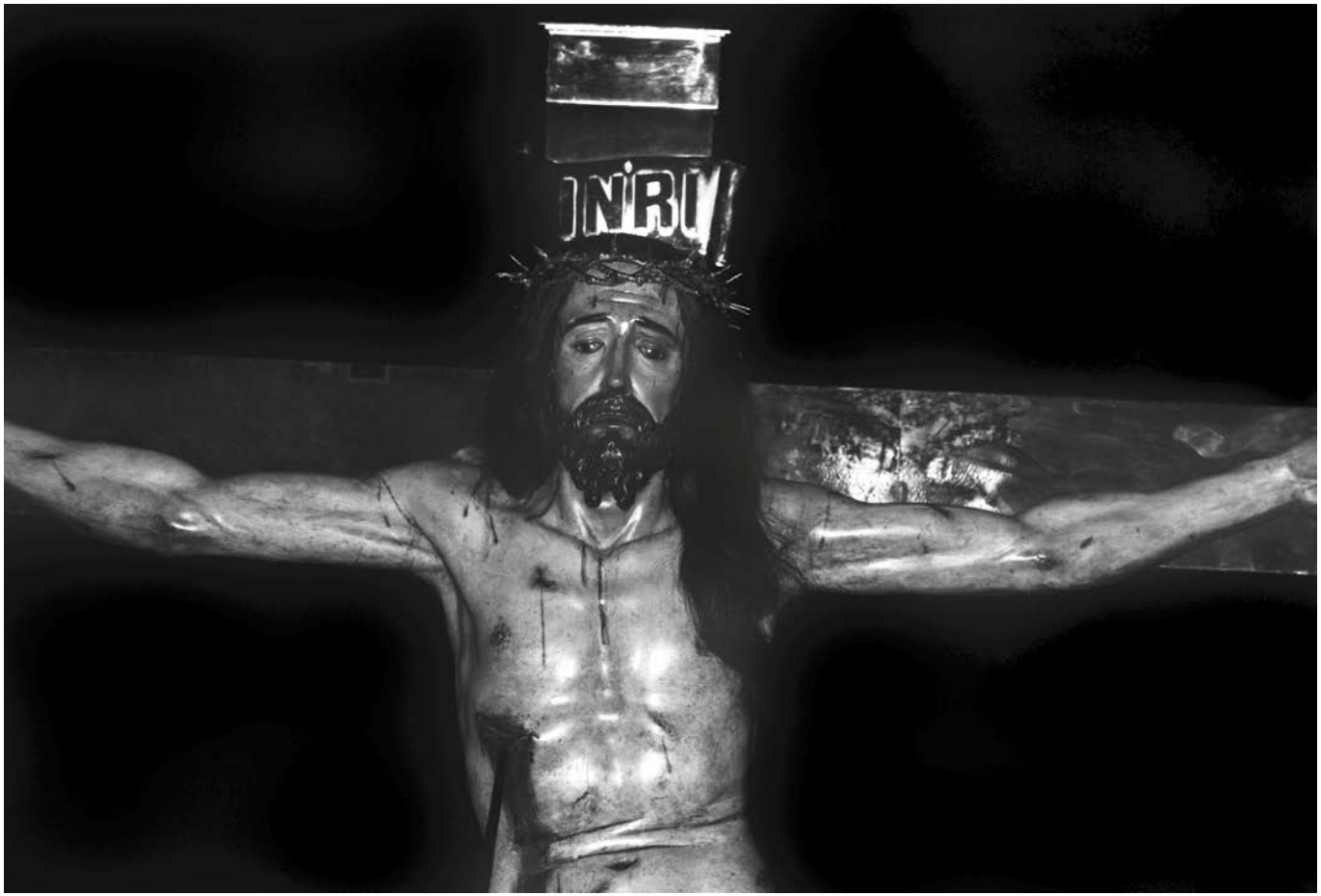
Acueducto. Segovia. 1966



Teatro Romano. Mérida. 1979

Teatro Romano. Mérida. 1979

La Caída. Salzillo. Viernes Santo. Murcia. 1984



Santísimo Cristo de la Preciosísima Sangre. Nicolás de Bussy. Miércoles Santo. Murcia. 1985

Nuestro Padre Jesús Nazareno. Atribuida a Juan de Aguilera. Viernes Santo. Murcia. 1984

Viernes Santo. Murcia. 1982

El Prendimiento. Salzillo. Viernes Santo. Murcia. 1984

La oración del huerto. Salzillo. Viernes Santo. Murcia. 1984

La Caída. Salzillo. Viernes Santo. Murcia. 1984

Viernes Santo. Murcia. 1985

Viernes Santo. Murcia. 1985

Viernes Santo. Murcia. 1983

La Samaritana. Roque López. Miércoles Santo. Murcia. 1985

Viernes Santo. Murcia. 1985

Viernes Santo. Murcia. 1985

Viernes Santo. Murcia. 1984

Viernes Santo. Murcia. 1982

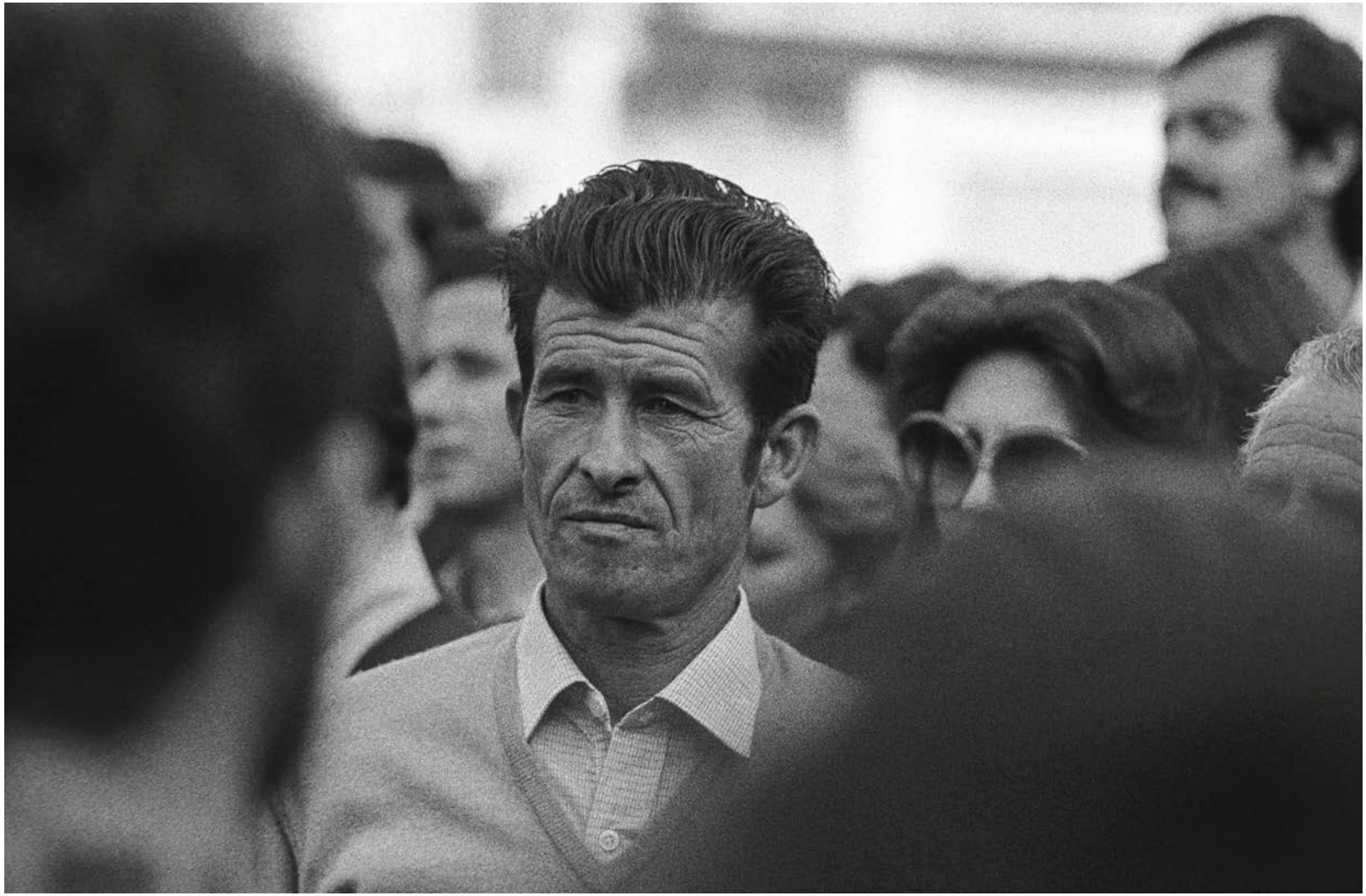
Viernes Santo. Murcia. 1982

Viernes Santo. Murcia. 1983

Auroros. Murcia. 1978-1980

Auroros. Murcia. 1978-1980

Auroros. Murcia. 1978-1980



Auroros. Murcia. 1978-1980

Alcalá del Júcar. Albacete. 1968

Paisaje rural. 1973

Paisaje rural. 1973

Albarracín. Teruel. 1974

Escena rural. 1969

Alcalá del Júcar. Albacete. 1968

Cuevas. Mazarrón. 1965

Paisaje. Albacete. 1970

El Escorial. Madrid. 1971

Campesina. Alcalá del Júcar. Albacete. 1968

Campesina. Alcalá del Júcar. Albacete. 1968

Lugareños. Alcalá del Júcar. Albacete. 1968

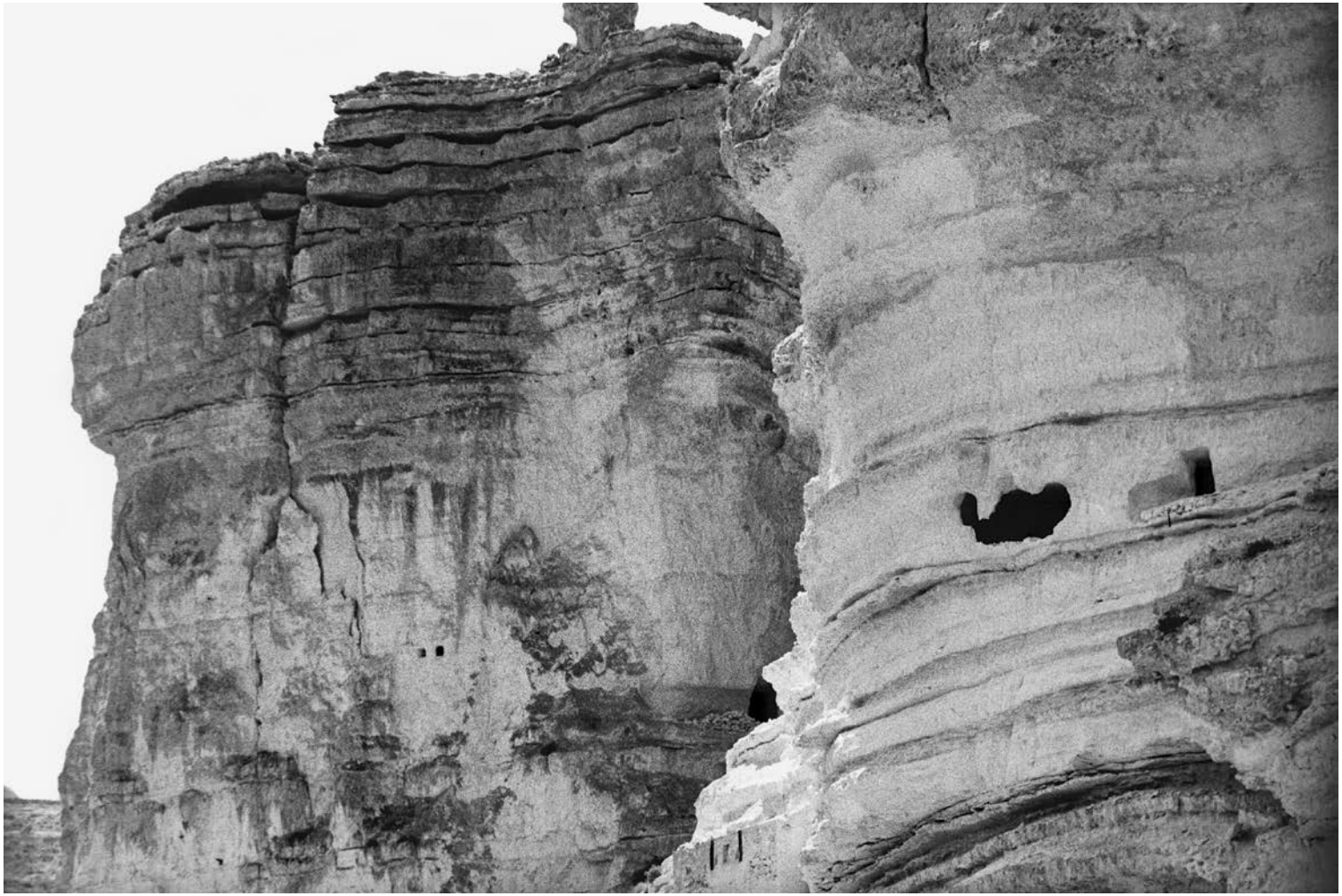
Puerto de Mazarrón. 1979

Molino. Cartagena. 1973

Molino. Cartagena. 1973

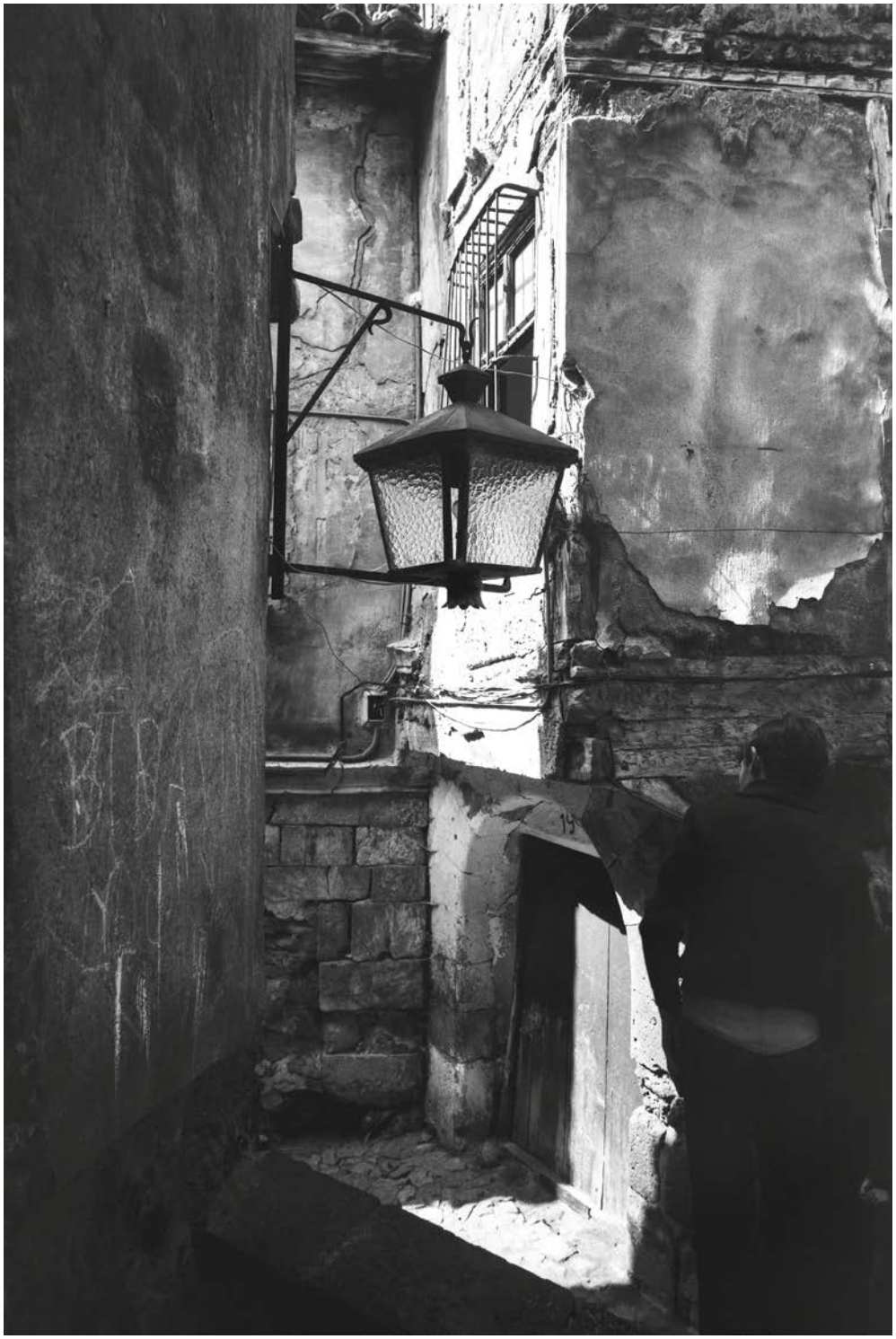
Riscos. 1973

Riscos. 1971



Peña. Alcalá del Júcar. Albacete. 1968

La Alhambra. Granada. 1970



Albarracín. Teruel. 1974

Murcia. 1971

Murcia. 1970

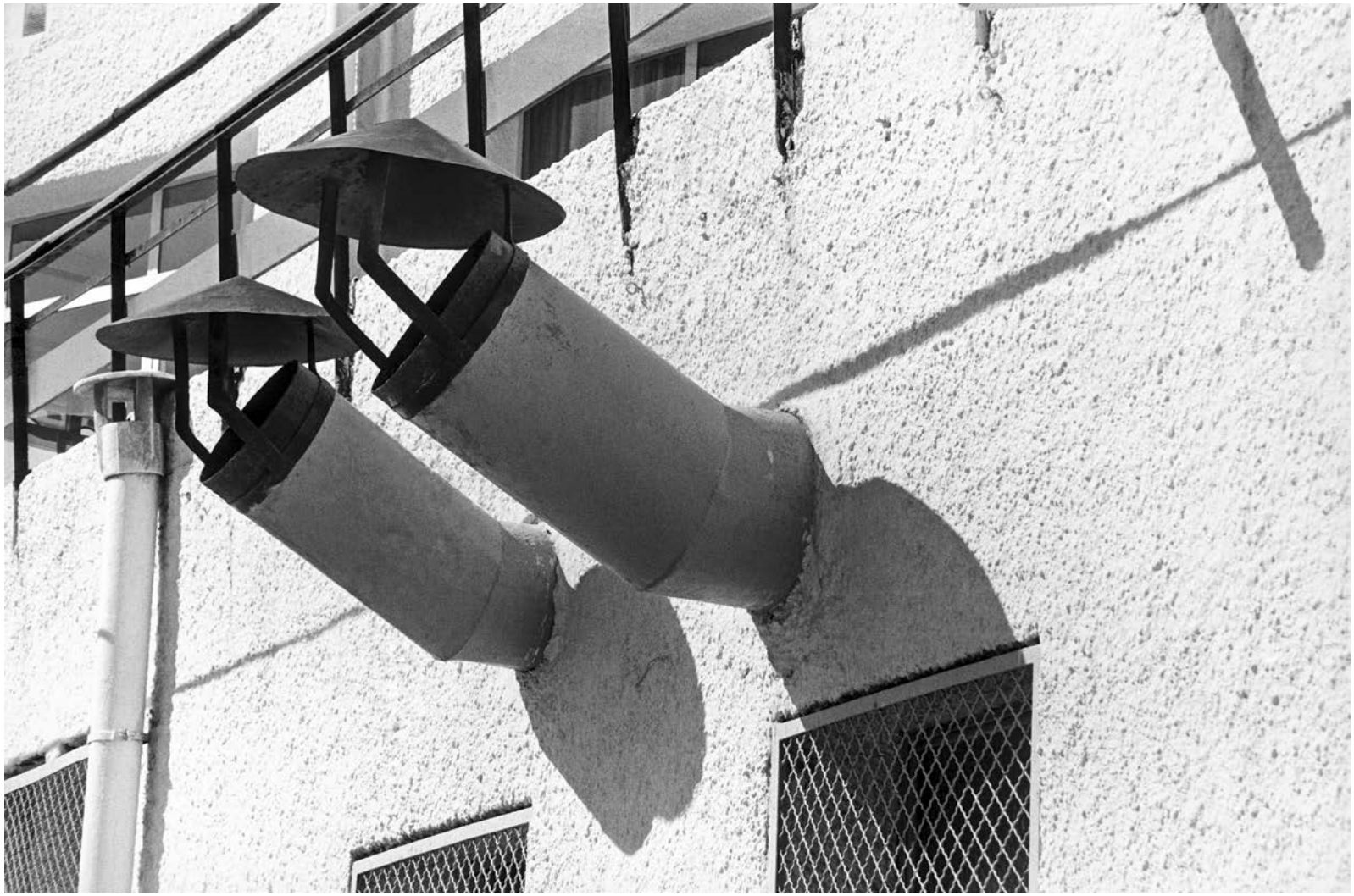
Pita. Murcia. 1980

Hibiscos. Mazarrón. 1971

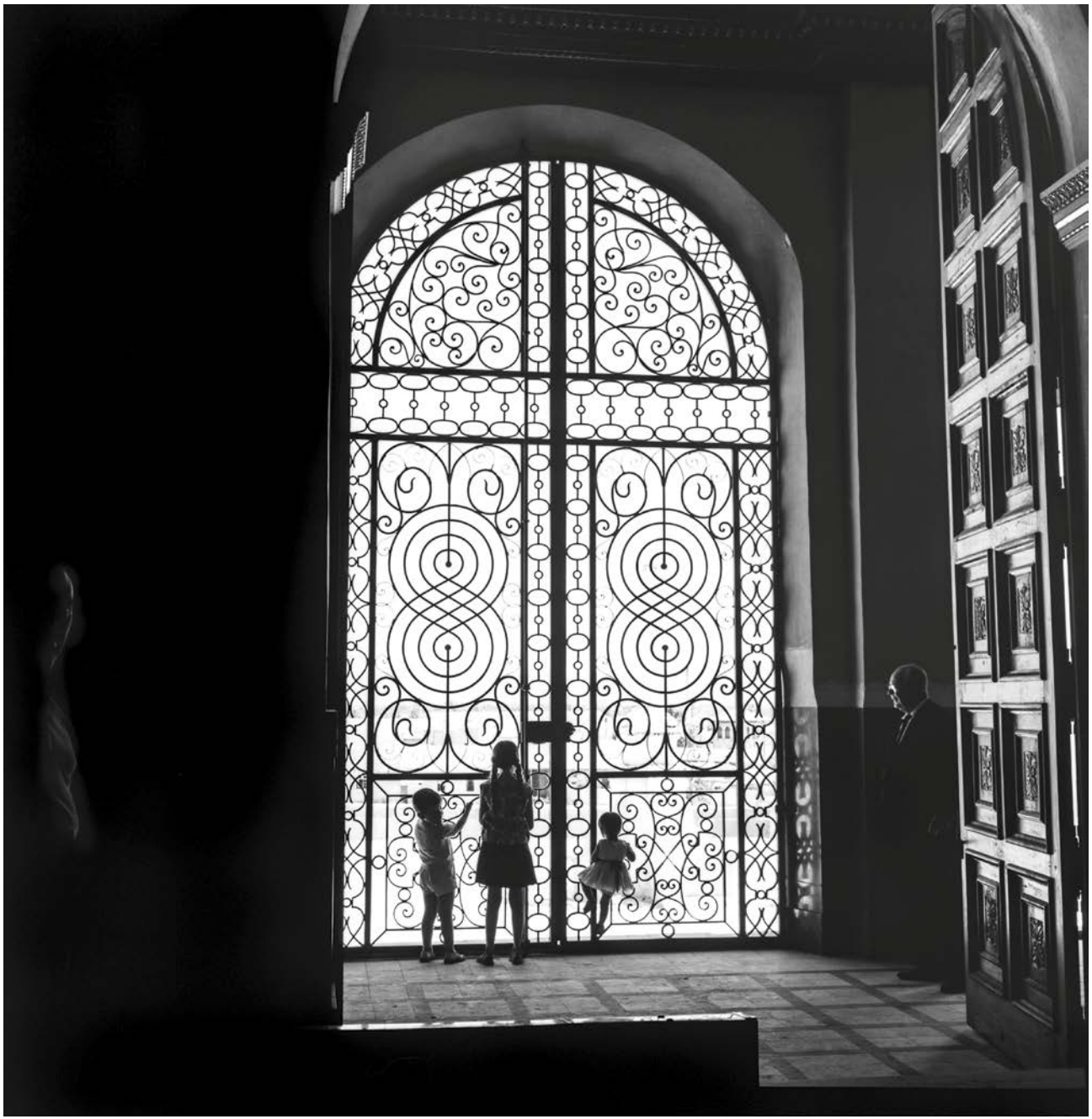
Noria. Alcantarilla. 1970

Fuente. Albarracín. Teruel. 1974

Puerto de Mazarrón. 1977

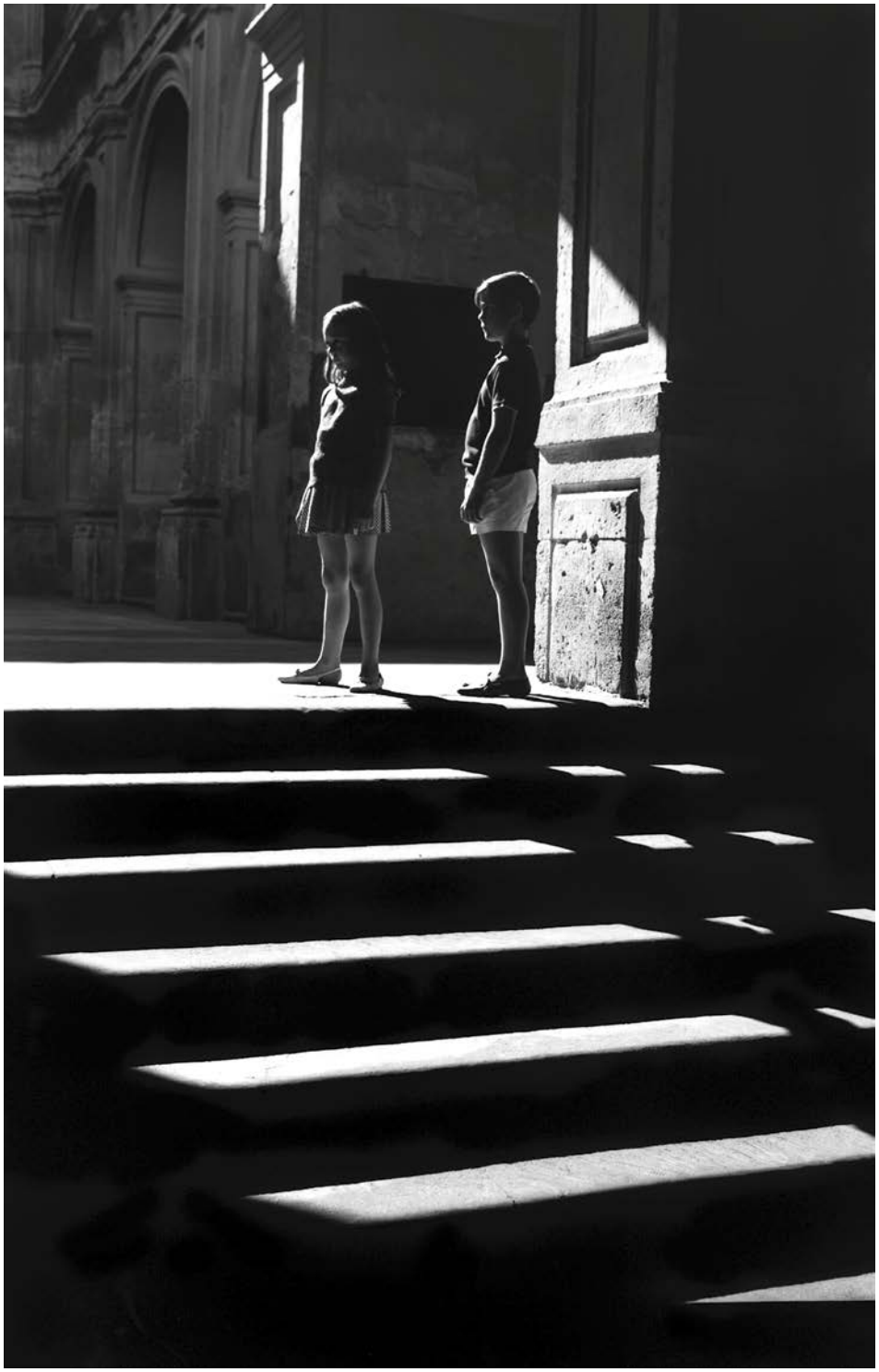


Puerto de Mazarrón. 1977



Nuestra Señora de la Asunción. Alcantarilla. 1962

Palacio Episcopal. Murcia. 1962



Palacio Episcopal. Murcia. 1966

Mi hija Marian. 1962

Mi hija Marian. 1990

Este libro se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de Pictografía
el 15 de marzo de 2017
coincidiendo con los
Idus de marzo del
calendario
latino